

TESTIMONIOS DE PENSAMIENTO ARGENTINO: \*  
DIEGO FRANCISCO PRÓ

por Clara A. Jalif de Bertranou

Desde mucho antes que Sarmiento preguntase “¿Argentinos? Hasta donde y desde cuando...”, diversas han sido las inquietudes acerca de nuestra entidad ante el llamado Mundo Nuevo.

Parecería que la pregunta no ha agotado su valor; y las posibilidades de respuesta —acompañadas por la complejidad de los hechos históricos—, se resuelven en una variedad de estimaciones que ejercen la poderosa fuerza de disolvernó, a veces, en barricadas del intelecto. He aquí la desazón que presenta lo histórico, estimulándonos por el *nosce te ipsum* y por cuya tarea hemos hallado una herramienta conceptual, la idea de *generación* histórica, que nos entrega el sello especial de los hombres y las instituciones que se dan en una nación sincrónicamente, al tiempo que nos permiten un ejercicio de interpretación diacrónica.

Sin embargo, el concepto mismo de generación puede ser motivo de reflexión con el fin de indagar su valor y límites. He aquí, pues, el tema sobre el cual se articula el diálogo que mantuvimos con el profesor Diego F. Pró. Su labor resultaría ocioso señalarla desde estas páginas. Bástenos para el caso referirnos a algunos momentos de su trayectoria profesional e intelectual, algo alejadas de nuestro tiempo.

---

(\*) Reproducción del art. aparecido en *Los Andes* (Mendoza), 27 de noviembre de 1983, con el título “Sobre el concepto de generación histórica”.

Desde el Chaco natal (1915) pasa a estudiar en su juventud al Instituto Nacional del Profesorado de Paraná, donde obtuvo el título de Profesor en Pedagogía y Filosofía (1939). Al año siguiente logra por concurso la cátedra de Pedagogía I en la Academia Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Cuyo, por lo que se traslada a Mendoza en 1940 y es nombrado el mismo año Inspector de Pedagogía en los establecimientos de enseñanza media con carácter *ad honorem*. Poco tiempo más tarde es designado Secretario Técnico de la Inspección General de Enseñanza en la misma Universidad.

A partir de 1941, hasta el año de su retiro hacia Tucumán, es profesor de Lógica, y más tarde de Estética (1943), en la Facultad de Filosofía y Letras cuyana. Director y organizador del Instituto de Filosofía desde julio de 1944 hasta mayo de 1947. Crea durante el transcurso *Philosophia*, publicación que ya cuenta con el n° 46/47.

Junto al posterior traslado a Tucumán —resultado de la obtención por concurso de la cátedra de Lógica en la Facultad de Filosofía y Letras, que ejerce desde marzo de 1948—, funda la revista *Humanitas*. Simultáneamente, desde 1951 hasta 1955 ocupa la dirección del Instituto de Filosofía de la mencionada Facultad, año de su renuncia. Entre 1952 y 1955 se desempeña como decano e igualmente vicerrector desde enero de 1953 hasta setiembre de 1954, fecha de su renuncia.

La actividad posterior de Diego F. Pró se desarrolla en Mendoza. En 1959 retorna a nuestra Facultad para servir la cátedra de Lógica, ganada por concurso. Ya igualmente al frente de la cátedra de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos, comienza en 1965 la publicación de *Cuyo. Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*.

Desde 1966 ha orientado, con breves interrupciones y hasta fecha cercana (1984), el Instituto de Filosofía de nuestra Facultad. La creación del Instituto de Filosofía Argentina y Americana lo sitúa en la dirección hasta el presente.

En 1936, cabe suponer siendo aún estudiante, realiza su primera publicación: "El sentido existencial de la sociología inglesa"

en la revista *Estampa Chaqueña* de la ciudad de Resistencia. Colabora con esta publicación en otras oportunidades. A partir de allí los estudios monográficos, artículos y comentarios, trabajos de crítica filosófica y libros cubren un amplio espectro temático, resuelto siempre con idoneidad. Ellos ahondan los estudios estéticos, la filosofía de la educación, los estudios metafísicos, la historia del pensamiento filosófico argentino.

Pero al respecto es dable señalar la saludable actitud integradora del profesor Pró, quien desde estudios, algunos recientes como *Entre la ontología y la antropología filosófica*, ha buscado, teniendo en cuenta las exigencias más auténticas y actuales, acercar los pensadores antiguos y los contemporáneos. Por cierto que no está en su sentido histórico el afirmar la perennidad de los problemas como si la historia fuese muda presencia. Y es, precisamente, esta actitud ante la temporalidad la que permite entrever en su desarrollo nuevas respuestas a nuevos problemas.

Sin duda, el proyecto de más largo alcance de este estudioso ha sido, frente al escepticismo de algunos, llevar a cabo el rastreo de documentación y la elaboración del pensamiento argentino, por lo que la patria se nos ha ampliado en busca de los héroes no de las batallas, sino del humanismo del pasado.

Pero hay un aspecto que deseamos destacar y que, naturalmente no consta en biblioratos. Nos referimos a la inquebrantable faena docente del profesor Diego F. Pró; no la de la cátedra que por obligación hemos de asumir, sino la del coloquio. De aquí la vigencia de su tarea y la actualidad de su vocación.

\* \* \*

Pregunta. — *El concepto de generación aplicado al estudio del pensamiento atendiendo a las ideas y tendencias predominantes de cada época ha dado muestra de sus bondades, pero ¿no resulta hoy reduccionista y en cierta manera simplificador al adjetivar a un puñado de coetáneos de un modo totalizador?*

*Respuesta.* — La respuesta requiere algún esclarecimiento. Naturalmente el término generación es reduccionista y simplificador cuando se lo confunde con el de élite, es decir, con grupos minoritarios selectos o seleccionados que desempeñan o la conducción y orientación de la sociedad, o bien ejercen sobre ella una notable acción o influencia.

Hay que recordar algunos hechos que se presentan como constantes en los seres vivos en general (biontes) y no sólo entre los hombres. Esos hechos son la generación y la muerte, el conocimiento, el movimiento, la actividad y el trabajo, y la asociación para realizar el fin (*telos*) de los seres vivos.

El concepto de generación está vinculado a esos cuatro hechos fundamentales. La acción y efecto de engendrar da lugar al conjunto de los coetáneos vivientes, en nuestro caso de los hombres y mujeres. Como categoría social e histórica (y no simplemente biológica) el concepto de generación comprende el conjunto y la totalidad de los individuos numéricamente singulares que la forman.

La generación resulta de la convergencia de sus miembros en actividades sociales e históricas. De esa convergencia de los individuos singulares y generacionales hay conciencia en ellos con mayor o menor lucidez (conciencia generacional) y esta conciencia comunitaria es la que confiere unidad a cada generación.

Es así que se habla de tarea generacional. La actividad de los individuos singulares se orienta a su contexto generacional o a la contribución de la generación en cada época. Estos aportes generacionales constituyen el *humus* o el ambiente en que se forman las gentes. Hay un doble aspecto en la relación generacional: uno horizontal, representado por los vínculos de los coetáneos; y otro vertical o de altura histórica, que consiste en el entramado de las generaciones entre sí. Cada generación tiene que conquistar, como decía Goethe, lo ya heredado.

En suma: el término generación como categoría social e histórica, comprende a todos los miembros (cantidad), y a sus figuras destacadas (calidad). La historiografía suele quedarse, cuando aplica la división generacional, en el estudio de los hombres eminentes en las distintas actividades sociales: deportivas, económicas

(sindicales, empresariales, etc.), científicas, tecnológicas, artísticas, filosóficas y teológicas. Pero junto a esas figuras sobresalientes están los demás miembros de la generación, que cumplen sus tareas con el mismo rumbo y aspiraciones que los mejor dotados.

Lo dicho no significa que la periodización generacional sea única, absoluta y excluyente. Es sólo un criterio o punto de orientación para introducirse en el dédalo o laberinto de los fenómenos históricos, en mi caso en la historia del pensamiento filosófico argentino. Hay otros criterios, como bien se sabe. Todos ellos tienen que satisfacer algunas exigencias, que se pueden reducir esencialmente a una: la reproducción fiel de los fenómenos históricos y de sus relaciones y diferencias.

P. — *¿De qué modo aunamos la cronología de los pensadores con la madurez social? En otras palabras, ¿su vida cronológica con la proyección histórica de sus ideas?*

R. — Para responder a la inquietud planteada hay que ponerse en claro con respecto al alcance de los términos social y sociedad. Comunmente los sociólogos se desinteresan de la indagación de la naturaleza del *ente social*. Prefieren hacer interpretaciones y teorías de los *fenómenos* sociales y de los métodos que emplean en la investigación: descriptivos, formales, funcionales, estructurales, estadísticos, etc.

A nuestro juicio el ente social, desde el punto de vista ontológico, entra en la categoría de las relaciones intencionales o teléticas, que emergen en la vida de los hombres en su convivencia, en su existir con . . . , como diría Heidegger. Ello no obsta que el ente social participe de la unidad de los conjuntos o todos convivenciales, de la cantidad, calidad y eficiencia de sus miembros para realizar el bien propio y el bien común. Pero primordialmente lo social es el orden de las relaciones con sentido, que caracterizan las diferentes actividades humanas. Todas ellas aspiran tanto al bien propio de los individuos singulares como al bien común, común utilidad o bien vivir de los hombres en la comunidad.

La sucesión cronológica de las generaciones va dando mayor nivel y altura histórica a las mismas, dentro del horizonte de un país o de la historia del mundo: En un sentido amplio se habla

de generación para referirse a las actividades sociales (deportivas, sindicales, empresarias, etc.). En una acepción más estrecha y específica se habla de generaciones en cada una de esa clase de quehaceres. En ella figuran tanto los hombres guías y de avanzada, como los que siguen, apoyan y realizan la tarea generacional, con los aprestos, dotes y capacidad de cada individuo generacional.

La sucesión generacional de los pensadores corre apareada en lo social con los demás aspectos de la convivencia humana. Por lo que atañe a la proyección histórica de las ideas en cualquiera de los campos mencionados, caben por lo menos tres posibilidades. La de los individuos generacionales que se insertan en su generación, asumiendo el legado ya elaborado por generaciones anteriores, y tienen una visión retrospectiva; la de los que atienden al *deber ser* y se proyectan prospectivamente; y la de los individuos singulares que se atienen al *ser* social, tal como se da en el presente. Los segundos son hombres guías y de avanzada.

La posibilidad de proyectarse hacia delante surge de la condición de hombres libres, que convergen hacia el ámbito generacional marcando rumbos. En lo social la historia del pasado representa el momento de la necesidad; la innovación y la novedad el momento de la libertad. Ambos se conjugan dinámicamente. Lo primero está representado por las instituciones, ideas, usos, creencias y costumbres en vigencia, que en su momento fueron resultado de la iniciativa y la libertad. Los quehaceres y relaciones sociales tienden a institucionalizarse para de ese modo perdurar en el tiempo y el proceso histórico.

P. — *El concepto de marras, ¿no ha servido en algunos casos para encubrir ideologías políticas dominantes, en tanto ciertos males han sido explicados o bien justificados por pertenecer a un determinado tiempo histórico y social? Tal sería el caso de la "joven generación" en la Italia de Benito Mussolini.*

R. — Hay términos del vocabulario social, tales como el de democracia, libertad, autoridad, jerarquía, justicia, etc., que han asumido tantas significaciones, que han terminado por vaciarse de sentido definido, claro, preciso y profundo, sembrándose el oscurecimiento y la obnubilación mental y hasta a veces con ellos

se encubren intereses ideológicos o de otro tipo. Así ocurre cuando se asimila generación con élite, minorías u oligarquías de turno, o se lo emplea para referirse a la *sensibilidad* generacional y no a la *conciencia generacional*. El término generación no escapa a este manipuleo.

P. — *En qué medida se anticipan las generaciones en nuestro tiempo histórico? Esto es, ¿pueden —y naturalmente con cierta prudencia—, anticiparse los cambios generacionales futuros, al menos en un futuro más o menos próximo?*

R. — En los diferentes quehaceres de una generación, hay cierto apareamiento o sincronismo, aunque a veces sea difícil detectarlo por los mismos individuos generacionales. Con suficiente perspectiva, y aún anticipadamente, los miembros de más profunda conciencia generacional, atentos a los cambios que ocurren en las distintas actividades, advierten las analogías y rasgos históricos entre ellas, “el aire de familia” que hay entre las mismas y entre los perfiles y figuras de sus representantes y protagonistas.

Algo se puede entrever y conocer anticipadamente en los cambios de generación, en el nuevo horizonte de sus gentes y de los tiempos que llegan. Pero hay que decir que esos cambios no son automáticos y de necesidad fatal. Requieren la conciencia y autoconciencia generacional, la iniciativa y el impulso realizador. Los que ven en prospectiva tienen que cumplir una labor pedagógica entre los individuos singulares y generacionales para que éstos asuman las exigencias de los tiempos nuevos. Los cambios generacionales no son automáticos. Son resultado de la libre iniciativa de los hombres, que atinan a orientarse y dan con el rumbo, la perspectiva, el camino a las soluciones requeridas.

No todo es normalidad en la sucesión de las generaciones. Las guerras, las revoluciones, las colisiones de nuestra época significan verdaderas catástrofes históricas y sociales, a veces verdaderos genocidios, con la desaparición de generaciones jóvenes de su círculo vital. Sin olvidar, por otra parte, la obnubilación mental que lleva a la generación mayor a trabajar con la generación muy joven, tratando de sumergir histórica y socialmente a la intermedia.

P. — *En su trabajo "Periodización del pensamiento argentino" Ud. afirma que la necesidad de ahondar en la interpretación de la cultura del país se planteó primero en el terreno político y social, para extenderse luego a otros ámbitos. ¿No es ésta una tónica general dada la urgencia por resolver en toda sociedad los problemas de la praxis política y sus múltiples interrogantes?*

R. — Ciertamente, en la historia de la cultura argentina, la conciencia de formar parte de una generación, aparece primero en el terreno social y literarios. Ello se explica porque era preciso resolver el problema de la forma o esencia de la convivencia argentina. Esta cuestión era prioritaria. Y los hombres de acción, que buscaban el módulo de la convivencia social, se desdoblaban en escritores, periodistas, historiadores, poetas, novelistas, hombres de ciencia, autodidactas casi siempre. Basta recordar los nombres de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre, López, Hernández y la pléyade de figuras del 80: Wilde, Podestá, Cané, Cambaceres, Martel y otros.

En nuestra época la densidad cultural y la división del trabajo, ha producido la separación de las distintas actividades. Son diferente las gentes que están en los diversos quehaceres de la convivencia social.

No hay que olvidar que estos quehaceres tienen que ser convergentes en la tarea generacional. Además del bien propio de los individuos singulares (numéricamente), hay que realizar el bien común, el bienestar general, la común utilidad, orientando la cantidad, la calidad, la eficiencia y la capacidad de los mismos. Cuando se pierden de vista estos designios y metas, aparecen los males sociales, la superficialidad, el desorden, el vaciamiento generacional, la injusticia, la violencia, el latrocinio, el atraso en el desarrollo del siglo XX.

P. — *Ud. ha señalado que el pensamiento de una generación, si bien tiene un aire de familia común, posee igualmente sectores distintos que impiden, como es natural tratándose de seres humanos, una uniformidad. Ese mosaico ¿se acentúa con la vigencia del positivismo argentino en un período tan dilatado, por lo cual se-*



*ría impropio hablar de generación del 80, reduciéndolo a tan breve lapso?*

R. — Como hemos dicho la generación está integrada por individuos numéricamente singulares, que inician su vida y consuman su plenitud. Pero la convivencia generacional no es una inconsistente agregación de individuos aislados, cerrados, y solitarios. Ellos convergen a través de sus actividades en el contexto generacional. Y de esa convergencia hay conciencia en los individuos singulares plenamente formados, los cuales establecen un módulo de unidad, de conciencia solidaria y de amistad ciudadana. Esta unidad de convivencia generacional no puede darse si no existe conciencia individual desarrollada, de la cual emerge la tarea generacional.

Cuando no se da el módulo de la unidad generacional, de la inserción histórica y la situación epocal, aparecen los grupos, que se revelan y alternan en la sociedad por la fuerza. Esta homogeneiza la convivencia humana, la llena de formalidades y no logra establecer la unidad de un pueblo. La singularidad individual y generacional desaparecen. Los hombres se convierten en títeres. Esos grupos tienen ingerencia e influjo indebidos en el conjunto social. Producen el vaciamiento de la conciencia solidaria, de la amistad ciudadana y de la unidad convivencial.

La tarea generacional es ardua; es un compromiso vital de por vida, no es un pasatiempo. Es una carga social que tiene el individuo singular y generacional.

En cuanto al lapso de actuación que se atribuye a la generación del 80, es demasiado extenso para que se trate de una sola generación. Los hombres que comienzan a actuar después de 1895-96, componen otra generación, con rasgos peculiares en las letras, las ciencias, la política, la economía, el derecho, la filosofía, la religión. Basta recordar algunos nombres: Bunge, Ingenieros, Mercante, Senet, Matienzo, Rivarola, García, Drago, Piñero... y no son todos, naturalmente.

P. — *Al formularle la pregunta anterior he pensado concretamente en el sentimiento anti-indigenista y anti-hispánico de algunos frente a posturas reivindicatorias, disidencias frente a la valora-*

*ción del criollo, a la cuestión inmigratoria y al papel de las multitudes en el destino nacional, por citar algunos ejemplos.*

R. — Las disidencias de las cuestiones que Ud. menciona se alzan ya en la generación del 37, la de los Constituyentes del 53, y por cierto en los hombres del 80 y el 96. En la primera, Alberdi y Sarmiento reconsideraron en su vejez las actitudes de su juventud (Alberdi en *Peregrinación de luz del día en América*; Sarmiento en *Conflictos y armonía de las razas en América*). Son diferencias de criterios dentro del módulo de unidad generacional (no homogeneidad) de las gentes de esas generaciones.

La solución concreta de los problemas sociales que Ud. menciona, dependió del poder, eficiencia, calidad y predominio que tuvieron, dentro de cada generación, algunos sectores de gentes que tenían plena conciencia de su tarea generacional. Ello le permitió imponer sus ideas, criterios y valoraciones en el quehacer social e histórico. Constituyeron fuerzas históricas predominantes. Algún sector discutía y se oponía a dichas soluciones. El centro de gravedad histórica estaba en unos y no en otros. El disenso en las ideas y las soluciones prácticas, no significa que los hombres que representaron esas ideas no representaran a su generación. Aun en la disputa periodística, parlamentaria y bibliográfica sus hombres y mujeres se relacionaban, influían y condicionaban recíprocamente. Todos coincidían en la necesidad de asentar el orden social establecido en la Constitución de 1853. Entre liberales y católicos, innovadores y tradicionalistas, positivistas y cientistas el módulo convivencial era el mismo en esas generaciones. Sus hombres quedaron incorporados a la tradición espiritual del país.

Aun en los tiempos de crisis, la convivencia social no es un puro capricho o inconsistente agregación de gentes, un mosaico de deficiencias. En tales épocas se vuelve a los comienzos, a los orígenes, para saber de qué espíritu venimos y de qué espíritu somos, tarea sin la cual no se pueden corregir las anomalías sociales.

P. — *Sus trabajos sobre periodización del pensamiento argentino han servido para ordenar historiográficamente las ideas filosóficas. Al mismo tiempo que muestran nuestro pensar y actuar ponen de manifiesto los fuertes vínculos que hemos guardado con*

*el pensamiento europeo. En los últimos treinta o cuarenta años transcurridos, ¿se ha dado un salto de carácter cualitativo que permita hablar de generaciones creadoras y menos cumulativas respecto de expresiones filosóficas propias o foráneas?*

R. — Sobre la eficacia, calidad, unidad, bien y orden sociales en los últimos treinta o cuarenta años, ha habido bastante enterezo de cosas. Se han hecho esfuerzos positivos e importantes para integrar socialmente a los obreros, empleados de comercio, campesinos, técnicos y empleados industriales, de la sanidad y la comunicación, etc., al círculo vital de la comunidad argentina. Pero no hemos alcanzado el ritmo de la era industrial y post industrial. Estamos bastante lejos del desarrollo alcanzado en el siglo XX.

Ello no obsta para reconocer una alta calidad en algunas manifestaciones culturales: literarias, plásticas, científicas, filosóficas. En todas ellas se pueden citar obras y autores notables. En estas últimas no se pueden olvidar la *Estética operatoria* de Luis Juan Guerrero, la doctrina egológica de filosofía del derecho de Carlos Cossio, la teoría del hombre de Francisco Romero, la filosofía existencial de Ismael Quiles, el pensamiento metafísico de Juan Ramón Sepich, para mencionar sólo unas pocas contribuciones indicadoras. La lista naturalmente se podría extender.

Si se toma como punto de referencia la labor filosófica de generaciones anteriores, se puede hablar de un salto cualitativo. Muchos más esfuerzos han convergido a una tarea especulativa de mayor calidad e importancia.

P. — *Entre las generaciones literarias argentinas y las filosóficas, ¿puede hablarse de algo más que de un notorio paralelo entre ambas? Si es así, ¿cuáles han sido los momentos más importantes de fecundación mutua?*

R. — No sólo cabe hablar de paralelismo entre los quehaceres de la tarea generacional, sino que hay que puntualizar las relaciones e influjos recíprocos, por el mismo hecho de la convivencia social, el trato personal, la conciencia de solidaridad, los mismos esfuerzos para orientarse y dar con los caminos y las perspectivas contemporáneas. Particularmente en los filósofos, los políticos, los sindicales, los empresarios, etc. Huelgan nombres.

P. — *Desde las categorías conceptuales que Ud. utilizó para la división generacional del pensamiento argentino, ¿puede ésta hacerse extensiva a los otros países latinoamericanos?*

R. — Pienso que puede aplicarse al desarrollo de otros países latinoamericanos, con la anotación de que no se trata de una categoría absoluta y excluyente de otras, según ya hemos dicho. Ellos han advenido a su condición de naciones casi simultáneamente. Por lo demás, las corrientes del pensamiento filosófico, desde luego con pensadores y modalidades propios, han sido las mismas en términos generales: escolástica, ilustración, romanticismo, positivismo, cientismo, corrientes espiritualistas y vitalistas, existencialismo, marxismo, filosofía analítica.